

MARTIN LIENHARD. *La voz y su huella*. Lima, Editorial Horizonte 1992. 305 pp.

En este celebrado 1992, las páginas de Lienhard nos permiten recorrer los últimos quinientos años desde otra orilla. Es la orilla cuya voz y huella nos lleva hacia una serie de textos indígenas que moldean una visión distinta de la conquista de nuestro continente. El encuentro de la oralidad con la escritura, en este largo y complejo proceso cultural, permitió que lo oral y lo escrito midieran sus fuerzas en el tiempo para descubrirnos luego la llamada "literatura escrita alternativa".

Lienhard divide su libro en dos partes. La primera (Cap. I-IV) titulada "Planteamientos Generales" está constituida por cuatro estudios inéditos y es una aproximación a las "Literaturas escritas alternativas" desde diferentes perspectivas. En cambio, la segunda parte (Cap. V-XII) nos muestra el estudio de ocho casos, representativos de distintas áreas, en momentos de conflicto étnico-social.

La obra abre sus páginas recordándonos que la llegada de los europeos a nuestras tierras estuvo acompañada de nuevas manifestaciones culturales, ideológicas y religiosas. Eran propias de su espíritu y difícilmente podían haber permanecido esperando en alta mar. Pero con ellos también llegó la necesidad de tener que bautizar aquel espacio ignorado e incomprendido que aparecía ante sus ojos. Necesitaron entonces nombrar lo nuevo. Distinguir los objetos y los espacios mediante nombres. Sabían que los nombres les aseguraban cierto orden y permanencia en ese nuevo mundo. Sentían además que el derecho les acompañaba pues así lo decían los papeles que traían consigo. Sí, es verdad, la escritura tenía un poder casi mágico, una capacidad performativa digna de ser respetada y continuada en este constante descubrir y conquistar. Todo el poder de la palabra escrita se dejaba sentir. Era, así lo llama Lienhard (Cap. I), el "fetichismo de la escritura". Bastaba enunciar el texto (recordemos la labor de los escribanos o la toma de las tierras previa lectura del requerimiento) para justificar su autoridad ante "los otros". Este prestigio que los ojos de los conquistadores adherían a la palabra escrita, no dejó indiferentes a los indios. "La ficción de la presencia de un lejano poder divino debe haber obrado a veces como acto de una magia superior y desconocida" (p. 29). Titu Cusi Yupanqui menciona que los indios andinos se sorprendieron viendo a los españoles "á solas hablar en paños blancos". Más sorprendidos aún debieron sentirse cuando mediante esos paños blancos se repartieron tierras, títulos y se establecieron condenas. Era el poder dejando

sentir su fuerza por la escritura, mientras, la oralidad permanecía impotente. Una nueva práctica se había impuesto sobre “una dinámica del discurso desarrollada bajo el signo de la oralidad” (37 p). Era el “fetichismo de la escritura” actuando fríamente. Fetichismo que combinado con un sistema ideológico-religioso sería razón suficiente para —lo recuerda el autor— “considerar los sistemas de notación autóctonos como invenciones del demonio, fundador, según ellos, de las idolatrías indígenas”. Esta marginación de la comunicación oral constituirá luego la base de una concepción alternativa de la literatura.

No obstante la imposición de la práctica escritural europea los sistemas de notación autóctonos demoraron un tiempo en perder su vigencia y extinguirse (p. 45). Lienhard nos dice que estos sistemas de notación desempeñaron en algún momento un papel importante en la comunicación entre las colectividades o linajes autóctonos y autoridades coloniales o en el seno de las propias colectividades indígenas. Pero, poco a poco, estas prácticas fueron quedando sin voz. Dificilmente llegaban a ser descodificadas por los miembros de la cultura oficial. Su sentido se desvanecía y con él, la frecuencia de su práctica. Sin embargo, distintos sectores europeos (misioneros, clérigos, funcionarios coloniales, historiadores y miembros letrados de la aristocracia indígena) empezaron a “rescatar” las tradiciones orales amenazadas con la extinción. Lienhard señala que casi todas las recopilaciones conocidas fueron el resultado de un encargo oficial y afirman obedecer las consignas de la instancia patrocinadora (iglesia, administración, inquisición) (p. 50). Así, la mayoría de recopiladores afirmaba trabajar en estrecha relación con los guardianes de la memoria indígena, ya sean los caligrafistas en Mesoamérica (tlacuilo) o los kipukamayoc en el área andina. Y, según el uso o los destinatarios previstos, los textos eran redactados en un idioma amerindio, español, en versión bilingüe o en latín. Pero debemos notar que siempre se producía una desviación del público natural de estos discursos orales hacia un público letrado. El “malestar en la Colonia” y la evocación del “antes” aparecieron tras las palabras.

Fruto de los contactos culturales, administrativos y religiosos algunos indígenas adoptaron la escritura alfabética para intentar satisfacer ciertas necesidades (p. 57). Resultaba más eficiente para sus interlocutores europeos y les permitía aspirar a mayores beneficios. Se sirvieron de un medio ajeno a sus tradiciones orales (la escritura) pero indispensable en su intento por salir del silencio. “Los Kipu y los códices, donde los había, se transformaron, pues, en cartas”. La literatura epistolar indígena, dirigida a quien se supone capaz

de entender con ecuanimidad, tuvo siempre un carácter colectivo a pesar que fuera pronunciado por una sola voz. Pero el dominio de la escritura fue tal —agrega Lienhard— que la extensa carta-narración dirigida en 1570 al Rey español Felipe II por el Inca Cusi Yupanqui y la carta-crónica que Guamán Poma de Ayala quiso destinar, hacia 1615, a Felipe III, “se liberan por completo de las convenciones de la tradición epistolar (obviamente europea) para tomar la forma de un discurso literario autónomo y de envergadura insospechada” (p. 59). Son composiciones híbridas que nos muestran un nuevo texto y una práctica literaria radicalmente nueva, donde se articula de manera inédita, el aporte europeo y el indígena, sobre el mundo.

Esta primera parte de *La voz y su huella* concluye con un capítulo (IV) titulado “Escritura y procesos de interacción cultural”. Comienza Lienhard este capítulo promoviendo una descripción, bien documentada, de los conceptos de aculturación y transculturación. El autor es claro al señalar que el término “aculturación” terminó significando la asimilación cultural e irremediable y pasiva de las sociedades arcaicas a la avasalladora cultural occidental. Pero, también es consciente que este término “no da cuenta de los procesos reales de interacción cultural en la historia de América Latina” (p. 93). Y, que el término de transculturación, propuesto en 1940 por el antropólogo cubano F. Ortiz, fue reducido, debido a la manipulación hecha por el discurso nacionalista y criollo latinoamericano, a un sinónimo del gastado concepto de mestizaje cultural (p. 93). Ocurre, pues, que el manejo conceptual, independientemente del nombre elegido, no puede ignorar el contexto que le corresponde. Así, la literatura escrita alternativa se vuelve inexplicable si desconocemos —consciente o inconscientemente— las situaciones históricas de enfrentamientos e interacción que se ofrecen y presentan por medio de la escritura. Tal vez —dice Lienhard— la principal dificultad para su estudio haya sido olvidar “su insoslayable vinculación con una serie de prácticas no escriturales: prácticas lingüísticas, religiosas, arte verbal” (p. 94).

Llegado este punto el autor ingresa al terreno del bilingüismo y de sus efectos. No podía olvidar que durante el contacto el idioma europeo y el autóctono sufrieron algunas modificaciones. “La incorporación de palabras que expresan, en el otro idioma, la realidad que se quiere nombrar (préstamo); la recreación, a partir de los recursos del idioma receptor, de un concepto del otro (calco semántico o, más simplemente traducción); la apropiación de un concepto del otro idioma mediante la reorientación semántica de un vocablo preexistente (resemantización)” (p.97). Modificaciones, que como vemos, se ubican en el campo léxico. Las modificaciones fonéticas, morfológicas y

sintácticas son ubicadas por Lienhard en momentos distintos y posteriores. Sin embargo, la sola mención de estos complejos fenómenos lingüísticos tiene por finalidad poder concluir que una parte de las sociedades autóctonas se dejó europeizar idiomáticamente mientras otra se ubicaba en un hibridismo lingüístico no resuelto que convivió con varias lenguas autóctonas.

“Es en este contexto de búsqueda y de experimentación con varias hipótesis comunicativas que vienen a inscribirse las literaturas escritas alternativas” (p. 102). La literatura como expresión verbal, no podía escapar a estos momentos de constantes influencias, presiones y reubicación en el mundo. No podemos olvidar —dice Lienhard— que bajo la premisa anterior, “el escritor o el autor del texto elige el o los lenguajes más adecuados a su proyecto literario. Así, por ejemplo, el cronista mexicano Tezozómoc escribe su *Crónica Mexicana* en español mientras que prefiere el náhuatl para su *Crónica Mexicayotl*. Arguedas, escritor-antropólogo, se distancia del público de sus narraciones al ponerse a escribir en un quechua oral suprarregional inscrito en la cosmovisión andina. Pero, en ambos casos, la elección depende de las circunstancias y de las intenciones comunicativas subyacentes a los textos. Este aspecto se convirtió en un factor de marginalidad comunicativa pues exigía un lector de características relativamente precisas.

Lienhard considera que en una parte de la literatura alternativa no interfiere ya ningún idioma prehispánico sino un sociolecto rural arcaico alejado de la norma culta. Ahí ubica al Rulfo de *El llano en llamas*, donde el hibridismo toca también las estructuras narrativas y la cosmovisión subyacentes (cf. Cap. IX). En Titu Cusi Yupanqui descubre un aspecto igualmente importante: la “diglosia” ideológica (p. 111) explicada por la vinculación con las actitudes o prácticas religiosas y rituales de las sociedades indígenas. Guamán Poma de Ayala, por ejemplo, combina los valores andinos con la apropiación indígena del discurso cristiano. En todos los casos de los textos alternativos, la naturaleza comunitaria de la memoria oral los explica siempre. Es esta oralidad la que se manifiesta en la escritura conjuntamente con el ambiente socio-cultural que la cobija lejos de los medios oficiales y de la conciencia de muchos.

La segunda parte de esta obra reproduce ocho estudios publicados en distintos medios. El Cap. V, “Mesoamérica; la llamada crónica indígena” fue publicado en *Literatura Mexicana* (UNAM, México) en 1990. El Cap. VI dedicado al estudio de Guamán Poma de Ayala y José María Arguedas bajo el título de “La subversión del texto escrito en el área andina” se publicó en

la revista *Gacela* (Dinamarca) en 1985. “El homenaje ritual y su adaptación literaria en tres textos” (J. de Betanzos, Titu Cusi Yupanqui y *Ollantay*) y “Catástrofes históricas y literarias en Paraguay”, que corresponden a los Cap. VII y VIII respectivamente fueron publicados en el primer caso por *Lexis* (Lima) Vol. IX, No. 1, en 1985; y el segundo bajo el título “Del Padre Montoya a A. Roa Bastos: la pulsión histórica del Paraguay” se publicó en la revista *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín) en 1987. El Cap. IX dedicado a Rulfo reelabora materiales de “El sustrato arcaico en Pedro Páramo: “Quetzacoatl y Tlaloc” publicado en *Iberoamérica. Homenaje a G. Siebenmann*, München, 1983. Un esbozo del Cap. X “Etnoficción” se publicó bajo el título de “La etnoficción o la mala conciencia del intelectual colonizado” en *TILALC* (Caracas) año III, 1987. “Las tendencias etnoficcionales en el área maya” es el título del Cap. XI basado en “Los callejones de la ficción ladina en el área maya” que se publicó en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México) 1987. Finalmente, el Cap. XII titulado “Packacuti taki. Canto y poesía quechua de la transformación del mundo” es una versión corregida de la publicada, bajo el mismo título, por *Allpanchis* (Sicuani-Cusco) en 1988.

Para terminar esta nota, queremos destacar la extensa y bien clasificada bibliografía que acompaña a *La voz y su huella* y que hace de todo el libro un buen e importante trabajo.

*Carlos Garatea Grau*